

EL HOMBRE DE BAÑOLAS

por N. BUSQUETS



La existencia del "hombre de Bañolas", *homo balneolensis*, es un hecho que no puede negarse. Discutirán acaso los estudiosos si estaba o no emparentado con los cavernarios (¡no cavernícolas!) de Serriñá o los pobladores lacustres del Tamago; estas pequeñeces raciales no importan, pero sí importa el conocer la historia de la prehistórica mandíbula neandertaloide. (1)

En Bañolas hay un lago: *L'Estany*. Este pequeño lago, que en la actualidad ocupa apenas dos kilómetros y medio por setecientos metros, tiene en una de sus orillas *macalubas*, que echan fango, turba, y raíces cuando el Vesubio entra en erupción, o al ocurrir algún seísmo importante en Mesina, Argelís o la Martinica.

Algunos milenios anteriores al día que escribimos, *l'estany* era un verdadero lago anchuroso, de una superficie total, hoy día difícil de señalar, pese a los terrenos de sedimentación que podrían guiarnos. ¿Sería el triple o diez veces mayor de lo que hoy aparece? Se ignora, y para el caso que pretendemos explicar no nos importa.

En el lago había varios poblados palafíticos en perfecta convivencia —no sabemos el por qué hoy como mera *atracción* no han sido reedificados para solaz de turistas y curiosos—. En estos poblados residía una raza alta, bien formada, al parecer ictiófaga que se daba, de vez en cuando, el gusto de entrapar algún conejo, caza muy abundante en los zarzales y bosques aleños. (2)

Poco sabemos de esta raza, de sus orígenes y de sus costumbres, pero algo ha llegado a nosotros: era gente honrada dentro de la moral prehistórica, habían perdido algunas nociones éticas del legado de Adán, pero conservaban la creencia en otra vida, en la remuneración y el mandamiento natural de no hurtar.

En uno de estos poblados —que suponemos eran cuatro— había un chico díscolo, mocetón de mala catadura, ladrón empedernido. Después de varias fechorías, el Consejo de los Ancianos (la Corte Suprema de Justicia que diríamos hoy), le había amonestado ya por tres veces, pero no había dado señales de enmienda.

Se reunió por cuarta vez el Consejo de los Ancianos de los cuatro poblados, puesto que las fechorías del mozallón habían trascendido y perjudicado a todos y acordaron pena de muerte, aplicable después de cuatro lunas nuevas caso de no corregirse. Ni la pena de muerte suspendida sobre la cabeza del muchacho, cual espada de Damocles —aunque entonces aún no había nacido Democles—, no fue suficiente para un cambio de conducta: continuó robando, estropeando, atreviéndose a llegar a los viveros de almejas del propio Consejo de los Ancianos que se respetaban religiosamente aun en épocas de carestía.

La sentencia iba por su camino. Debía morir asaeteado. El clan no recordaba de ningún hombre muerto en esta forma; sólo morían así los grandes peces de la laguna, pues a los conejos se les atrapaba con zalagardas, lo mismo que a los zorros y lobos. Se les acorralaba y se les despeñaba para utilizar sus pieles y sus huesos (3). ¿Cómo podía un hombre morir a flechazos sin ofender a los cuatro *totems* de los cuatro poblados?... Un anciano que había visto cinco generaciones y siete veces la muerte y resurrección del sol (4), medio brujo y medio momia, habló de esta manera: "No es digno de formar parte de nuestra comunidad; quitadle de entre nosotros, deportadle. A la orilla del lago hay tierras, bosques... y dioses que le corregirán".

Al día siguiente, antes de salir el sol, una piragua hendía las aguas, con el muchacho

delincuente, escoltado por diez mozos forzudos. Así, fue puesto de "patitas en tierra firme" aquel burlador de los caseríos palafíticos.

En señal de luto, tres días seguidos, no encendió fuego para cocinar, ningún hogar del clan.

El muchacho se vio solo, empezó a recorrer la maraña de los bosques que era mucha, lo cual le despertó el apetito. Las provisiones le duraron poco, (siempre fue buen aperitivo el desbrozar tierras inhóspitas). Tuvo al fin que enfrentarse con el hambre: ¿qué comeré, qué vestiré? —debió decirse—. No sabía trabajar, su vida había sido un continuo aprovecharse del trabajo de los otros. ¿Pescar, poner trampas? Cualquiera aprende a hacerlo. ¿No es más fácil apoderarse de un pescado asado o de un conejo cocido entre dos piedras recalentadas? (5). Como el vientre no admite excusas, empezó a comer raíces, sus muelas fueron gastándose a manera de una piedra de molino, pues las raíces eran duras y terrosas; su barbilla no se desarrolló, puesto que nunca tiró de ella para pensar algo (Recuérdese el gesto típico de los pensadores, desde Nectanebo, Kat-Rá, Micerino, pasando por los filósofos griegos con su barbilla apoyada en la mano, hasta los existencialistas de nuestros días que también se procuran esta prolongación sobre el mentón). El deportado terminó por andar a gatas, puesto que el andar erguido requiere un esfuerzo del cual era incapaz. Por fin, para no levantar las manos llegó a hozar en el suelo para comer las raíces, lo que hizo su mentón romo. Un día o una noche —esto no se pudo poner en claro— murió de accidente. Una lluvia torrencial inundó el llano y hundió su cadáver entre fango calizo.

Miles de años han pasado, su cuerpo desapareció, pero resta una pequeña porción del mismo, la pieza más típica de su persona: *la barra*, el maxilar inferior que ha quedado para quemacejas de los sabios (6).

La hipótesis apuntada podría ser cierta, como podrían ser inciertas otras: ¿Nadie se acuerda de los engaños de Glozel y de los apaños sobre el hombre de Sussex?

(NOTAS)

(1) De los tiempos del célebre Don Pedro Alsius Torrent, se viene discutiendo si debe llamarse *homo staganosensis*, *baptomesensis* del griego *baptome*, *baeculensis* o *bacculensis*. Nosotros preferimos adoptar *balneolensis*, pues además de ser más eufónico, no se presta a confusiones y entronca con el actual *banyolí*. Los filólogos y semantólogos tienen la palabra.

(2) Lo que hoy llamamos península ibérica, estaba en aquellos tiempos repleta de conejos. El nombre fenicio *Spanihx* (España), tierra de conejos, no lo demostraría.

(3) Esto lo dice la Prehistoria.

(4) Se supone siete eclipses de sol.

(5) Si sabemos esto es (racial) a la Etnografía, cuando aplica el método llamado de los "ciclos culturales".

(6) En catalán *barra* corresponde a quijada o mandíbula inferior y existe la frase "*es un barrut*", que significa así como caradura o sinvergüenza, calificación que conviene al tipo de nuestro relato.

